

tambien puede hacer dos, y tres, y ciento: dígolo, porque mi señora la duquesa, á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso." Volvióse Don Quijote á la duquesa, y dijo: "Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí." Á lo que respondió la duquesa: "De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y, pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.—Y hablador, añadió Don Quijote.—Tanto que mejor, dijo el duque; porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y, por que no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste Figura.....—*De los Leones*, ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay *Triste Figura*: el *Figuro* sea el *de los Leones*." Prosiguió el duque: "Digo, que venga el señor caballero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan." Ya, en esto, Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y, subiendo en él Don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron á la duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretéjióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose, á su parecer, en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida; y así, tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia que, antes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quijote, el cual, como llegó con la duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros, vestidos hasta en piés de unas ropas que llaman *de levantar*, de finisimo raso carmesí, y, cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron: "Vaya la vuestra grandeza á apearse á mi señora la duquesa." Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero, en efecto, venció la porfia de la duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el duque á apearla, y, al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: "¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!" y todos, ó los mas, derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba Don Quijote;

y aquel fué el primer día que, de todo en todo, conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la duquesa, y se entró en el castillo, y, remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que, con otras, á recibir á la duquesa había salido, y, con voz baja, le dijo: "Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuesa merced.—Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña; ¿qué es lo que mandais, hermano?" Á lo que respondió Sancho: "Querria que vuesa merced me la hiciese, de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio, mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras.—¡Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos! Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo: tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas.—Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, que *damas curaban dél, y dueñas del su rocino*; y que, en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote.—Hermano: si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguen; que, de mí, no podreis llevar sino una higa.—Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quinola de sus años por punto menos.—¡Hijo de puta! dijo la dueña, toda ya encendida en cólera; si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, ¡bellaco, harto de ajos!" y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la duquesa; y volviendo, y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las había. "Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo, que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal *Lanzarote*, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo, por buen término, me ha llamado *vieja*.—Eso tuviera yo por afrenta, respondió la duquesa, mas que cuantas pudieran decirme:" y, hablando con Sancho, le dijo: "Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y, aquellas tocas, mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años.—¡Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto! solo lo dije, porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona mas caritativa que á la señora Doña Rodriguez." Don Quijote, que todo lo oía, le dijo: "¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar?—Señor, respondió Sancho: cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél; y si en la caballeriza se me acordara,

allí hablara." Á lo que dijo el duque: "Sancho está muy en lo cierto, y no hay qué culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona." Con estos razonamientos, gustosos á todos, sino á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala, adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas, del duque y de la duquesa, de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó Don Quijote, despues de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que, á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar, para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo, que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes, como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho; y, encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo: "Dime, ¡truhan moderno y majadero antiguo! ¿parécete bien deshonor y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? ¡Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido! Mira, ¡pecador de tí! que en tanto mas es tenido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demás hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, ¡angustiado de tí, y malaventurado de mí! que, si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo: huye, huye destes inconvenientes; que, quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado; enfrena la lengua; considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde, con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda." Sancho le prometió, con muchas veras, de coserse la boca ó morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quién ellos eran. Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestras, púsose una montera de raso verde, que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego